



Discusión sobre José Miguel Carrera. Un revolucionario chileno en el Río de la Plata de Beatriz Bragoni.

[Dante Palma Alvarado, Sergio Serulnikov,
Beatriz Bragoni]

Comentario al libro *José Miguel Carrera. Un revolucionario chileno en el Río de la Plata* de Beatriz Bragoni (Edhasa, Buenos Aires, 2012)

Commentary on *Jose Miguel Carrera. A Chilean revolutionary in the Rio de la Plata* by Beatriz Bragoni (Edhasa, Buenos Aires, 2012)

DANIEL PALMA ALVARADO

Resumen

El texto analiza algunos aspectos de la trayectoria del chileno José Miguel Carrera en el marco de la revolución independentista, a partir de la biografía escrita por Beatriz Bragoni. Destaca los aportes más novedosos del trabajo de la autora y problematiza una serie de temáticas que cobran relevancia a la luz de las peripecias de este caudillo en el cono sur americano entre 1810 y 1821.

Palabras clave: Chile - Independencia - José Miguel Carrera - caudillos - biografía

Abstract

The article analyzes some aspects of Chilean Jose Miguel Carrera's path in the context of the independence revolution, considering the biography written by Beatriz Bragoni. It highlights the most innovative contributions of the author's work and discusses a number of issues that become relevant in the light of the political vicissitudes of this leader in America's southern cone between 1810 and 1821.

Keywords: Chile - Independence - José Miguel Carrera - caudillos - biography



Recibido con pedido de publicación el 5 de octubre de 2016
Aceptado para su publicación el 30 de octubre de 2016
Versión definitiva recibida el 15 de noviembre de 2016

Daniel Palma Alvarado, Departamento de Historia, Universidad Alberto Hurtado (UAH), Chile; e-mail: dpalma@uahurtado.cl

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons. [Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)



Palma Alvarado, Daniel "Comentario al libro *José Miguel Carrera. Un revolucionario chileno en el Río de la Plata* de Beatriz Bragoni (Edhasa, Buenos Aires, 2012)", *Prohistoria*, Año XIX, núm. 26, dic. 2016, pp. 105-110.

Agradezco en primer lugar la invitación a participar de esta actividad de debate historiográfico y la iniciativa de Jorge Gelman y Raúl Fradkin de convocarnos a realizar este ejercicio, que nos permite cruzar agendas de investigación sobre los liderazgos surgidos en el contexto de las revoluciones de independencia en el Río de la Plata y Chile. Me corresponde comentar el libro de Beatriz Bragoni, aunque debo aclarar de entrada que no soy un especialista en José Miguel Carrera ni mucho menos. Mis observaciones, por lo tanto, son las de un lector curioso y entrometido, cuya aproximación al período se ha realizado principalmente desde la historia social del delito y de las prácticas judiciales.

Pertenezco a una generación que creció bajo la dictadura de Pinochet, enarbolando a José Miguel Carrera como un ícono de la revolución y de la lucha contra el autoritarismo, expresado en su impugnación al gobierno de Bernardo O'Higgins y al papel de la Logia Lautarina. Un José Miguel Carrera mártir, que fue perseguido y, finalmente, fusilado en Mendoza en 1821 por sus archienemigos, quienes colmaron su actuación de imágenes negativas, atribuidas las más de las veces a una personalidad compleja y oportunista (era el "monstruo de América", como lo llamó San Martín o el "genio de la discordia" según Dorrego). En cambio para nosotros, Carrera representaba al líder radical por antonomasia, ocupando un lugar incómodo en el panteón de héroes nacionales chilenos, relegado a un plano secundario por aquellos que consolidaron el triunfo de las armas patriotas en los campos de batalla.

Solo a raíz de la conmemoración del bicentenario de las independencias la estatua de José Miguel Carrera fue trasladada desde un sector más bien retirado del centro cívico de Santiago hacia la Plaza Bulnes, justo al frente de la casa de gobierno donde se ubica la estatua de O'Higgins, el "padre de la patria". Hoy, ambos se encuentran nuevamente uno frente al otro. Este traslado simboliza, desde luego, la voluntad de reconocer al principal caudillo de la "patria vieja" el papel que desempeñó en aquellos convulsionados años. De ahí también lo interesante del desafío de hacer un comentario a la obra de Bragoni que tensiona las visiones dominantes y analiza al prócer desde una perspectiva más amplia, como protagonista estelar de las dinámicas políticas regionales de la época.

El libro se plantea como una *biografía política*, invocando su "potencialidad explicativa e interpretativa... que privilegia al actor y sus prácticas, y el espacio social que las organiza y contribuye a capturar sus significados" (p. 24); propone explicar los vaivenes del proceso revolucionario a partir de las "relaciones entre individuo y sociedad, entre individuo e institución, entre individuo y poder"; es, entonces, mucho más que una biografía en el sentido tradicional, al articularse en torno a preguntas relevantes sobre la política en tiempos de revolución que contribuyen a desmontar las mitificaciones propias de la historiografía patriótica del siglo XIX. La estrategia narrativa es la de iluminar el contexto revolucionario a partir de las

experiencias del personaje, pero evitando la trampa en que han caído muchas obras sobre Carrera donde “*lo personal invade lo político*” (p. 17).

La investigación es muy contundente. Se nutre de la documentación de archivos españoles (AGI-Chile), chilenos (archivo O’Higgins, Colección de Historiadores y de Documentos de la Independencia, CHDI) y argentinos (AGN, Documentos de San Martín, AGM de Mendoza), además de prensa, escritos de viajeros y numerosos documentos incluidos en obras clásicas del siglo XIX. Por otra parte, incorpora una amplia bibliografía especializada, transnacional y actualizada, dialogando con los enfoques y problemas que han dinamizado este campo en los últimos años. El impresionante barrido de fuentes, sumado al trabajo previo de la autora sobre el período, garantizan un producto de calidad indiscutida.

Me referiré a tres aspectos que constituyen aportes valiosos de este libro por la novedad que representan en relación a aproximaciones precedentes. En primer lugar, Bragoni es muy clara al señalar el perfil controvertido de José Miguel Carrera en la historiografía chilena y argentina y reacciona ante la “imagen cuasi petrificada del desempeño político del caudillo chileno en el curso revolucionario sudamericano” (p. 16). Su objetivo será, entonces, la reconstrucción de la trama de relaciones políticas, las tensiones y enfrentamientos entre los revolucionarios, pero sin quedar atrapada ni abanderizarse por ninguna de las versiones más arraigadas, las que aún siguen replicando los antagonismos del siglo XIX (carreristas vs. o’higginistas).¹

Superando esta aporía, la autora remite a la “imprevisibilidad de la revolución” como problema fundamental de la política del período, que habría alimentado las contradicciones generadas entre las distintas fuerzas y sensibilidades en disputa. El libro describe la profundidad de las rivalidades, revelando momentos en que incluso se puso en riesgo objetivos mayores, como cuando San Martín desvió “hombres, armas y municiones” destinados a la campaña del Perú para combatir a Carrera (p. 274) o cuando este último buscó apoyos en grupos con lealtades opuestas al proyecto emancipador, como los “indios realistas” que fueron convocados a sumarse a sus tropas (pp. 253-256) o los intercambios epistolares con el célebre montonero realista Vicente Benavides (p. 265). Todo esto da cuenta de la dificultad de lograr consensos mínimos duraderos o de transar en pos de las metas comunes.

Al mismo tiempo, las pugnas y purgas al interior de las fuerzas revolucionarias obligaron a los jefes a tener que desplegar permanentemente grandes esfuerzos para legitimar su accionar, construyendo alianzas y apelando a identidades territoriales y políticas explícitamente diferenciadas de sus

¹ Es el caso del “Instituto de Investigaciones Históricas José Miguel Carrera”, que funciona desde 1948, y del “Instituto O’Higginiano de Chile”, creado en 1953, cuyas actividades y estudios todavía se desarrollan en base a la negación o degradación del adversario histórico.

adversarios. Nadie tuvo el camino abonado. Es sintomática, en ese sentido, la temprana autoafirmación de Carrera como cabecilla de un “ejército chileno” y, en contrapartida, su catalogación de “extranjero” en el Río de la Plata. De esta manera, el libro logra develar el complejo proceso de formación de nuevas identidades políticas en el contexto de desmoronamiento del orden colonial.

Una segunda cuestión novedosa que Bragoni instala en la discusión es la del “peso de la justicia revolucionaria”. A partir del juicio contra Juan José y Luis Carrera en los primeros meses de 1818, desarrolla una labor de “orfebrería” -como la denomina la autora de una reseña a este libro- que da cuenta de la intrincada relación entre justicia y política en la coyuntura independentista.² Bragoni da en el clavo al plantear esta problemática que en los últimos años ha motivado el florecimiento de investigaciones sobre la historia social y política de la justicia en el tránsito desde régimen colonial al republicano.

Advertimos el temprano afán de los gobernantes por monopolizar las labores judiciales y policiales, según lo han ilustrado autores como Osvaldo Barreneche, y su utilización para neutralizar a los disidentes. La justicia emerge, entonces, como una extensión de las disputas políticas, un campo de batalla con lógicas propias que es preciso estudiar más ampliamente como parte de las dinámicas de la guerra. Los criterios de selección de los jueces y fiscales, las atribuciones y condiciones en que operaron las defensas de los acusados, el proceso judicial, las penas y la ejecución de las sentencias; son todos aspectos que a la luz del trabajo de Bragoni se vuelve imperativo visitar a fondo y así descifrar el funcionamiento de una de las modalidades de resolución de conflictos menos estudiada en el contexto revolucionario.

Posiblemente, el aspecto más original de este libro para los lectores chilenos sea la recreación minuciosa del itinerario de José Miguel Carrera en el Río de la Plata. La autora realiza un completo análisis de las peripecias del caudillo desde que llegó a Mendoza en 1814 hasta que, de regreso de su viaje a los EEUU y marginado del Ejército Libertador de los Andes, inició su diáspora por distintas provincias del antiguo virreinato en busca de aliados. En este deambular afloran una serie de facetas poco conocidas del carácter y del liderazgo de este hombre, las que a la fecha no habían sido sistematizadas.

Un capítulo particularmente interesante es el que aborda la “guerra de papeles” que Carrera, al frente de la Imprenta Federal, encabezó desde Montevideo y Entre Ríos contra los “directorales”. Según demuestra la autora, el chileno destacó como polemista y redactor de pluma punzante del periódico “El Hurón” entre 1818 y 1819, además de ser el autor de virulentas proclamas y manifiestos en contra de sus enemigos y detractores. Esta labor habría sido

² Véase la reseña de Lucrecia Enríquez en revista *Historia*, vol. 46 núm. 1, Instituto de Historia Pontificia, Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, junio 2013, pp. 243-247.

clave para erosionar el poder de Pueyrredón y compañía, convirtiendo a Carrera en factor de la política rioplatense antes de devenir montonero. Los valiosos indicios que se aportan en el libro sobre las actividades del exiliado chileno en el marco de los enfrentamientos interprovinciales del Río de la Plata permiten entender ese influjo -escasamente divulgado en Chile-, hasta que en 1820 su estrella declinó.

Del mismo modo, Bragoni reconstruye notablemente el creciente aislamiento de Carrera y el endurecimiento en su apelación a los “chilenos” y al “ejército chileno” para derrocar a un gobernador “extranjero” como San Martín. El gran problema, como lo hace notar la autora, fue el hecho de que se trató de un “liderazgo sin poder” que a la postre le valió el abandono de sus aliados, al mismo tiempo que denota los límites en la colaboración entre jefes con visiones muy diferentes sobre las urgencias coyunturales y el tipo de orden a establecer.

Para terminar, me gustaría mencionar una problemática que sería importante ahondar. Las aproximaciones más conocidas a la figura de José Miguel Carrera resaltan su contribución a la radicalización de la revolución independentista y su republicanismo de cuño liberal, además de la “reafirmación de la identidad chilena frente a la americana” (B. Vicuña Mackenna). Sin embargo, subsiste la pregunta por el componente social de su liderazgo y su visión del cambio social. ¿En qué medida la coincidencia de Carrera con los caudillos federales, con los artiguistas y el “sistema de los pueblos libres”, implicó tomas de posición frente a las iniciativas más radicales en materia social? ¿Cuál fue su ideario respecto a la cuestión de la tierra, la ampliación de la ciudadanía o la abolición de la esclavitud? En cuanto a la esclavitud, por ejemplo, en el libro se menciona que Carrera liberó a su última esclava en 1819 (p. 219), cuando ya no contaba con los recursos de antaño, pero no sabemos si aquello obedeció exclusivamente a razones prácticas del momento o a convicciones más profundas acerca del orden social.

Por otra parte, autores como Julio Pinto sugieren que la invocación al bajo pueblo por parte de José Miguel Carrera, salvo en el plano militar, “...nunca adquirió un carácter sistemático o de verdadero reconocimiento social, y que cuando llegó a valerse de tales apoyos fue sólo como un instrumento para desequilibrar las pugnas que se desarrollaban al interior de la élite”. También que “no puede identificarse en él una política social propiamente dicha, o un afán de transformar al bajo pueblo en sujeto político”.³ En efecto, en sus proclamas, sobre todo después del fusilamiento de sus hermanos en 1818, Carrera se dirigió siempre a un pueblo muy vagamente

³ La primera cita es del artículo “El rostro plebeyo de la independencia chilena, 1810-1830”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, París, 2010, <http://nuevomundo.revues.org/59660>; y la otra del libro *¿Chilenos todos? La construcción social de la nación, 1810-1840* (en coautoría con Verónica Valdivia, LOM, Santiago de Chile, 2009), p. 35.

definido en términos sociales -los “habitantes libres” de Chile- con la promesa de combatir la subordinación a Buenos Aires. Pero ¿qué más podía o estuvo dispuesto a ofrecer? Creo que esta dimensión habría que explorarla más.

Finalmente, sin perjuicio de que en lo personal mis lecturas del tema son limitadas, me parece que este libro es la mejor versión de la vida de José Miguel Carrera que se ha escrito. Pero también es más que eso, pues se apropia de su figura para presentar un marco explicativo más rico de la política en tiempos de revolución, cumpliendo con el propósito señalado en la introducción al incitar la problematización de una serie de aspectos fundamentales de esos turbulentos años hasta ahora bastante opacados.

Santiago de Chile, junio de 2016

Entre dos aguas. Comentario a José Miguel Carrera, un revolucionario chileno en el Río de la Plata de Beatriz Bragoni

Between two waters. Comment to José Miguel Carrera, a Chilean revolutionary in the Rio de la Plata by Beatriz Bragoni

SERGIO SERULNIKOV

Resumen

El artículo analiza y discute el libro de Beatriz Bragoni, *José Miguel Carrera, un revolucionario chileno en el Río de la Plata* (Buenos Aires, Edhasa, 2012). Se focaliza en sus contribuciones para la historia política chilena y rioplatense durante la década de 1810 y aspectos metodológicos asociados al género biográfico.

Palabras clave: José Miguel Carrera - independencia - biografía - Chile - Río de la Plata

Abstract

The article analyzes and discusses the book by Beatriz Bragoni, *José Miguel Carrera, un revolucionario chileno en el Río de la Plata* (Buenos Aires, Edhasa, 2012). It focuses on the contributions of the study to Chile's and Rio de la Plata's political history during the 1810s. It delves also into methodological issues related to the biographical genre.

Keywords: José Miguel Carrera - independence - biography - Chile - Río de la Plata



Recibido con pedido de publicación el 5 de octubre de 2016

Aceptado para su publicación el 30 de octubre de 2016

Versión definitiva recibida el 15 de noviembre de 2016

Sergio Serulnikov, Universidad de San Andrés, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina; e-mail: sserulnikov@udesa.edu.ar

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons. [Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)



Serulnikov, Sergio "Entre dos aguas. Comentario a José Miguel Carrera, un revolucionario chileno en el Río de la Plata de Beatriz Bragoni", *Prohistoria*, Año XIX, núm. 26, dic. 2016, pp. 111 a 117.

El libro de Beatriz Bragoni, *José Miguel Carrera, un revolucionario chileno en el Río de la Plata*, cuenta la historia de una obsesión. Es la de un hombre que habiéndose erigido en el principal líder popular de la revolución en Chile, se ve forzado a dejar su tierra a raíz de la catastrófica derrota con las fuerzas realistas en la batalla de Rancagua y la ruptura definitiva con el grupo patriota encabezado por Bernardo O'Higgins. Junto con sus hermanos, Juan José y Luis Carrera, se instala en Mendoza a fines de 1814, y no dejará desde entonces de tramar su regreso para concluir la labor emancipadora y recuperar su lugar de privilegio en el nuevo orden de cosas. Crear las condiciones para ello consumiría toda su energía conspirativa hasta el final de sus días. No habría camino de retorno para los Carrera. Al enfrentarse a los aliados chilenos del gobierno rioplatense y de su principal estrategia militar, José de San Martín, encontraron del otro lado de la cordillera los mismos hombres, con distintos rostros, que habían dejado detrás. Solo que no eran ya considerados adversarios políticos sino extranjeros en estado de rebeldía contra las autoridades que los acogían y un serio estorbo en la guerra a muerte contra el enemigo común. Juan José y Luis Carrera fueron fusilados en Mendoza el 8 de abril de 1818: los primeros líderes patriotas en ser juzgados y ejecutados por otros líderes patriotas en la historia de la revolución rioplatense. La luctuosa noticia encontró a José Miguel en Montevideo, donde había encontrado amparo luego de infructuosas gestiones para obtener el respaldo del Directorio porteño a su causa. A la obsesión por regresar a Chile, se sumó ahora la de ajustar cuentas con los verdugos de su familia. Tras un largo periplo por la Banda Oriental, Estados Unidos y las provincias del Litoral en conflicto con Buenos Aires, fue por fin capturado en el Cuyo, mientras comandaba una fuerza irregular compuesta de grupos indígenas que hostigaban a los pobladores locales, carecían de cualquier apoyo político externo y sobrevivían del botín que pudieran capturar. Su objetivo, a todas luces quimérico, era organizar un ejército que le permitiera por fin cruzar la cordillera y desalojar a O'Higgins del poder. Fue fusilado el 3 de septiembre de 1821, según escribió horas antes de morir a su esposa y madre de sus cinco hijos, "en un país extraño, sin amigos, sin relaciones, sin recursos".

Bragoni reconstruye esta historia con minuciosidad y agudeza. En el proceso, ofrece una estupenda síntesis -razonada, analítica, erudita- de la que podría definirse como la intersección de los procesos independentistas en Chile y el Río de la Plata. Realiza un plan, muchas veces postulado pero no siempre consumado, de una historia verdaderamente conectada, una historia que tome como objeto unificado de estudio un conjunto de espacios que con el tiempo pasaron a ser cotos separados de las historias nacionales. Los Carrera, va de suyo, constituyen una formidable ventana, una de las mejores posibles, para recuperar este entramado. Las densas redes de alianzas y rivalidades políticas entre las dirigencias revolucionarias en Santiago, Concepción, Mendoza,

Buenos Aires, Montevideo y Entre Ríos componen no solo el trasfondo sino la unidad de análisis última del relato. Es el escenario en el que se desenvuelve José Miguel Carrera y que al cabo sella su destino.

Mi comentario se dividirá en dos partes, la primera en referencia a cuestiones de contenido y la segunda, formales. Desde un punto de vista histórico, hay tres puntos muy generales que quisiera aquí rescatar, guiado por mis propios intereses y preocupaciones, que no son los de un especialista en el tema; el colega Daniel Palma aporta observaciones más específicas. El primero es de qué manera pensar la fulminante conversión de José Miguel Carrera en dirigente revolucionario, “el giro carrerino a la revolución chilena”, al decir de la autora. Lo hizo inmediatamente una vez de regreso en Santiago en 1811 tras varios años de residencia en la península. Había emprendido allí la carrera de las armas iniciada en su Chile natal bajo la influencia de su padre, un comerciante y teniente coronel de milicias perteneciente a un antiguo linaje patricio. Aunque esta etapa de su vida es la menos desarrollada en el libro - seguramente por la escasez de testimonios en relación a lo que ocurrirá cuando se convierta en una figura pública-, creo yo que ofrece importantes claves para reflexionar sobre el proceso de conformación del sentido de pertenencia social de las elites criollas tardocoloniales o, en rigor, de la compleja articulación entre los distintos niveles de adscripción colectiva en los que estaban insertas: hispánica, americana y local. Es un tema de singular relevancia para la comprensión de las causas de la crisis del imperio español. Como es sabido, la premisa de una influyente corriente de estudios en los últimos quince años, inspirada en gran medida en la pionera obra de François-Xavier Guerra, sostiene que para el momento de la caída de la monarquía hispánica en 1808, y de los eventos desencadenados en los años inmediatamente posteriores, las elites criollas se pensaban a sí mismas como parte indisociable de la nación universal española. La invasión francesa, los consiguientes dilemas suscitados por la vacancia del poder regio, así como los cuestionamientos al absolutismo borbónico que eventualmente se plasmarían en la Constitución de 1812, alcanzaron al conjunto del mundo ibérico en tanto los sentimientos de identidad colectiva de las clases encumbradas no variaban a un lado y otro del Atlántico. Fue en esencia la tenaz oposición de los liberales gaditanos a reconocer que América era España lo que condujo a que los americanos advirtieran que eran americanos, vale decir, habitantes de posesiones coloniales que carecían del estatuto y los derechos reconocidos a las ciudades y reinos europeos.

La trayectoria de José Miguel Carrera parece apuntar en otra dirección. Durante su estadía en España, forjó muy perceptibles sentimientos de frustración y resentimiento frente al trato recibido de los mandos militares peninsulares por su condición de americano. Es una visión que aflora en su correspondencia y que es discernible a partir de sus redes de sociabilidad, sus

opciones profesionales, su sentido de la respetabilidad o su universo de referencias intelectuales y culturales. Su impetuosa integración al bando patriota en su vuelta a Santiago no surge como una decisión abrupta, circunstancial u oportunista, sino el desencadenante de una arraigada percepción respecto al lugar que él, y otros como él, ocupaban en el orden político de su tiempo. Se dirá que se trata de un caso individual, no necesariamente representativo de colectivos más vastos. Pero no otro es el valor distintivo de un estudio de caso. Después de todo, como bien apuntó Roger Chartier respecto a los estudios microhistóricos, “es en esta escala reducida, y probablemente solo en esta escala, que podemos comprender cabalmente, sin reduccionismos deterministas, la relación entre sistema de creencias, valores y representaciones, por un lado, y las afiliaciones sociales, por otro”.¹

Un segundo e interrelacionado tema es la centralidad que adquirirá el concepto de extranjería en el derrotero de José Miguel Carrera y sus hermanos desde el momento que, junto a una multitud de familias chilenas, cruzan la cordillera para buscar asilo y reagrupar fuerzas tras la derrota de Rancagua. Los Carreras son tratados desde el comienzo como foráneos: no solo adversarios políticos sino sujetos que carecían del derecho de participar en la vida pública rioplatense por su condición de expatriados. Conocemos bastante en la actualidad, en gran parte gracias a las investigaciones de Tamar Herzog, acerca de cómo se concebía en Hispanoamérica el concepto de vecindad, de pertenencia al cuerpo político de las ciudades, la república en el sentido antiguo de la palabra. A diferencia de otras sociedades de Antiguo Régimen, el acceso a la vecindad no estaba regido por requisitos rígidos preestablecidos, tales como el sitio de nacimiento del individuo o sus antepasados, los años de residencia en la ciudad o la posesión de bienes inmuebles. Ser considerado parte del vecindario, tanto desde la perspectiva legal como simbólica, dependía del grado de inserción a la comunidad, la reputación, las redes personales y otros factores de sociabilidad. Era una concepción que dejó una muy marcada impronta en los conflictos políticos de su tiempo. Según sostiene por ejemplo Brian Hamnett en referencia a la época tardocolonial, “The resident elites included Spaniards and Americans: provenance did not necessarily imply either difference of material interest or any political polarity. The predominance of American interests and family connections provided the defining element which distinguished this group from the ‘peninsular’ elite, whose Spanish peninsular interests and orientation predominated”.²

¹ CHARTIER, Roger “Intellectual History or Sociocultural History? The French Trajectories”, en LACAPRA, Dominick and KAPLAN, Steven L. (eds.) *Modern European Intellectual History: Reappraisals and New Perspectives*, Cornell University Press, Ithaca, 1982, p. 32. Traducción mía.

² HAMNETT, Brian “Process and Pattern: A Re-examination of the Ibero-American Independence Movements, 1808-1826”, en *Journal of Latin American Studies*, núm. 29, vol. 2, 1997, p. 284.

El libro de Bragoni evoca una cuestión afín, que es en un sentido muy tradicional, pero puede aquí ser observada desde un muy peculiar ángulo: cómo, durante la primera década revolucionaria, la tumultuosa experiencia de individuos como los Carrera en el Río de la Plata contribuye a reconfigurar, de manera especular, los contornos espaciales y conceptuales de la ciudadanía y la nación. En la introducción, se subraya la relevancia del estudio en el proceso de “sedimentación de las comunidades políticas soberanas” para el caso chileno; un caso en el que, como ya había augurado el mismo Simón Bolívar en su célebre Carta de Jamaica citada por la autora, las preexistentes entidades político-administrativas coloniales tuvieron desde el principio un muy definido impacto. Agregaría yo que, por motivos diferentes, la relevancia se extiende también al caso rioplatense. Sabemos que la prolongada guerra con los ejércitos realistas, la exitosa resistencia de importantes segmentos poblacionales del virreinato a formar parte de la nueva entidad política encarnada por las Provincias Unidas del Río de la Plata, o las virulentas contiendas institucionales, ideológicas y bélicas entre provincias que se reconocían parte de esta, se convirtieron en fraguas donde novedosas nociones de comunidad imaginada -no internamente armónicas sino todo lo contrario- fueron tomando forma. La actuación pública de los Carrera en el Cuyo, Buenos Aires o Entre Ríos, por las intensas resonancias políticas que asumió su condición de chilenos, de extranjeros o expatriados, puede ser vista como otro de los mecanismos de clivaje en la fluida e incierta gestación de imágenes de pertenencia y alteridad que se conformaron en tensión con nociones identitarias provenientes del mundo colonial, tales como la identificación con las patrias chicas o, en el extremo opuesto, los sentimientos de nacionalismo criollo o americano.

Un tercer punto es la relación entre revolución e independencia. Las celebraciones bicentenarias en Argentina han servido de incentivo para repensar la vinculación entre el proceso revolucionario abierto en mayo de 1810 y los posteriores anhelos emancipadores. No se trata, según entiendo, de disociar ambos fenómenos sino de desnaturalizar su filiación, de historizarla, reconstruyendo y conceptualizando el paso de uno a otro.³ Resulta notable cómo la experiencia chilena, vista desde la perspectiva de Carrera y su familia pero también en términos más amplios, acota los alcances de este tipo de miradas. Daría la impresión que la revolución (la deposición de los magistrados regios, la movilización en armas de la población local y la implementación de reformas políticas, económicas y sociales de distinto tipo) es inescindible de los impulsos independentistas. La erección de un nuevo sistema de gobierno conllevó la creación de un nuevo sujeto político soberano (“la soberanía en

³ Para un balance reciente de estas cuestiones, véanse por ejemplo algunos de los ensayos en TERNAVASIO, Marcela; RABINOVICH, Alejandro; VERDO, Geneviève; SERULNIKOV, Sergio; ENTIN, Gabriel y GELMAN, Jorge *Crear la independencia: Historia de un problema argentino*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2016.

marcha" lo titula Bragoni) que, se concibiera en referencia al antiguo pactismo hispánico o al imaginario liberal, engendró dicotomías de imposible resolución por fuera del recurso a la violencia. Era un conflicto de suma cero que los frágiles e inestables acuerdos y compromisos de ocasión no alcanzaban a disimular. Tampoco la retórica de lealtad al rey cautivo, cuya literalidad, como es esperable de proclamas públicas en un contexto histórico de tan inauditas características, estuvo desde un comienzo en cuestión. De hecho, se diría que para José Miguel Carrera la revolución, la ruptura con la metrópoli y las luchas con otras facciones revolucionarias son partes de un mismo proceso de confrontación, no son secuenciales, son simultáneas. Su vertiginoso ascenso y caída dentro de la coalición patriota chilena (y por extensión rioplatense) evoca la unicidad, que no es lo mismo que uniformidad, de los antagonismos desatados por los eventos de 1810. A riesgo de caer en impresiones erróneas, me parece oportuno marcar esta cuestión.

En términos formales, del género historiográfico que adopta, el libro despierta también interesantes interrogantes. Existen muchos modos de abordar los estudios biográficos y, desde luego, ninguna es *per se* más apropiada o superior a las otras. Hay, como en cualquier campo, libros más o menos logrados, libros que en mayor o menor medida cumplen con lo que se proponen. Lo que el libro de Bragoni se propone, y largamente logra, es enriquecer nuestra comprensión del proceso independentista a ambos lados de la cordillera a través del itinerario personal de José Miguel Carrera. Su recorrido, así como el de sus hermanos, es el punto de apoyo para un minucioso examen histórico e historiográfico del momento revolucionario en general y de los eventos en los que estuvo involucrado, en particular. Las secciones dedicadas a la situación de Chile durante los años 1810-1814, el magnífico análisis del juicio y ejecución de Juan José y Luis Carrera, o la desventurada alianza de José Miguel con los federales del Litoral, son especialmente iluminadoras al respecto. Por más que el texto siga los pasos del personaje en el tiempo y el espacio, nunca se pierde de vista que el objeto último de estudio son procesos históricos más abarcadores. Es en esencia un ensayo de historia política centrado en los avatares de un actor particular.

Uno podría preguntarse cómo hubiera sido este libro si su premisa hubiera sido la inversa: hacer del personaje el objeto primordial de atención y emplear la historia política como uno de los marcos (sin duda muy trascendente) que encauzan y dan sentido a su trayectoria vital. Otros, por ejemplo, girarían en torno a la naturaleza y dinámica de las relaciones familiares, su sentido del honor, las concepciones de género, los vínculos de sociabilidad, la religiosidad, los mecanismos familiares de subsistencia económica o sus valores éticos: las distinciones que trazaba entre el interés personal y el sacrificio por una causa común, la lealtad y la traición. Desde este punto de vista, las cartas personales sobre asuntos personales no son menos

relevantes que su correspondencia con Bernardo O'Higgins, Álvarez Thomas o Manuel Dorrego. No es necesario insistir que la mayoría de esos elementos están presentes en el texto. Solo que están sujetos a la economía de un relato que nunca abandona del todo la esfera política pública para internarse en la multifacética construcción de una subjetividad. Los peligros de esta segunda aproximación son muchos y muy evidentes: convertir el estudio biográfico en un conjunto de anécdotas personales, dotar de un sentido de unidad y finalidad una secuencia de prácticas y comportamientos signados por la contingencia y el cambio o, peor aún, derivar en especulaciones psicologistas. Pero podría suceder también que la reconstrucción de esta experiencia individual en todos sus pliegues y facetas, al menos en aquellas discernibles a partir de evidencias necesariamente fragmentarias y que requieren un fuerte trabajo de contextualización, sirviera como una encarnación, idiosincrática mas significativa, de la cultura de su época. Es un riesgo. François Dosse lo llamó *la apuesta biográfica*.⁴ Una vez más, no se trata de que un enfoque sea mejor que otro, ni menos una velada crítica a una obra que responde a los objetivos de su inquisición con suma inteligencia y sensibilidad. Es solo una reflexión sobre los usos posibles de la biografía, en momentos que, gracias a emprendimientos editoriales como los que hicieron posible esta publicación y otros, el género ha venido adquiriendo una prominencia que sin duda amerita y de la que carecía no hace mucho tiempo atrás.

Buenos Aires, junio de 2016

⁴ DOSSE, François *La apuesta biográfica. Escribir una vida*, Universitat de Valencia, Valencia, 2007.

Una biografía de Carrera sin adjetivos: algunas notas a los comentarios de Daniel Palma y Sergio Serulnikov

A biography of Carrera without adjectives: some notes to comments by Daniel Palma and Sergio Serulnikov

BEATRIZ BRAGONI

Resumen

El texto ofrece un conjunto de reflexiones sobre las estrategias narrativas de interpretación y verificación de la biografía de José Miguel Carrera a la luz de las claves de lectura propuestas por los historiadores, Daniel Palma y Sergio Serulnikov.

Palabras clave: José Miguel Carrera - revolución - independencia - identidades políticas - biografía

Abstract

The text provides a set of reflections on the narrative strategies of interpretation and verification of the biography of José Miguel Carrera in the light of the key reading proposed by historians, Daniel Palma and Sergio Serulnikov.

Keywords: José Miguel Carrera - revolution - independence - political identities - biography



Recibido con pedido de publicación el 5 de octubre de 2016
Aceptado para su publicación el 30 de octubre de 2016
Versión definitiva recibida el 15 de noviembre de 2016

Beatriz Bragoni, Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales (INCIHUSA), Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas - Universidad Nacional de Cuyo, Argentina; e-mail: bbragoni@mendoza-conicet.gob.ar

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons. [Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)



Bragoni, Beatriz "Una biografía de Carrera sin adjetivos: algunas notas a los comentarios de Daniel Palma y Sergio Serulnikov", *Prohistoria*, Año XIX, núm. 26, dic. 2016, pp. 119-126.

1. Ante todo celebro la iniciativa de poner en diálogo esta biografía de José Miguel Carrera con las ofrecidas por mis colegas, y también agradezco los generosos y estimulantes comentarios de Daniel Palma y Sergio Serulnikov. Ambos resultan incitantes en relación a las claves de lectura que cada uno hizo primar por lo que emprenderé un camino necesariamente selectivo de reflexiones que tiene como propósito exponer las razones que me condujeron a proponer el trayecto carrerino como vector narrativo y explicativo de las formas de acción política en el curso de las guerras de independencia.

Naturalmente, el trayecto político de José Miguel resulta ejemplar en el plano de la nutrida documentación que atestigua su desempeño público como en el hermenéutico; se trata de un personaje nacido en el seno de linajes patricios tardocoloniales, convertido en líder popular de la revolución chilena hasta la derrota de 1814, devenido en rival de quienes conducían los resortes de la maquinaria política y judicial en las Provincias Unidas del Río de la Plata, y en Chile, y que fuera fusilado en Mendoza por atentar contra la libertad de América. Semejante silueta revolucionaria modelada en una amplísima geografía política, exhibe la dramática metamorfosis de una vida individual que, por supuesto, y como sugiere Serulnikov, no amerita ser interpretada como representativa de un grupo social pero que por tal, es capaz de ofrecer huellas indicativas para capturar, como lo señala Palma, el papel del antagonismo y la lucha política de las elites o dirigencias revolucionarias en el complejo proceso de formación de las nuevas identidades políticas que acompasó el desmoronamiento del orden colonial, y la convulsa aventura republicana. Tal como evoca Daniel Palma en clave testimonial, solo recientemente la figura de José Miguel ameritó ser expuesta en Santiago, la base territorial de su poder, en un plano de igualdad heroica con su tenaz adversario, Bernardo O'Higgins, y ese deslizamiento no resulta ajeno al progresivo declive de las historiografías nacionalistas que desde el siglo XIX, contribuyeron a forjar el panteón nacional.

2. Una y otra vez he leído con gran interés los comentarios de mis colegas y he detectado algunas notas comunes. Una de ellas no deja aún de fascinarme en tanto atañe a las variaciones y determinaciones del proceso de identificación americana y chilena que exhibe la trayectoria de José Miguel en un lapso de tiempo relativamente breve, aunque para nada sorprendente, si seguimos a Kosselleck, el de la revolución. Sergio lo hace de manera mucho más explícita, tal vez, por las resonancias que en la historiografía hispanoamericana adquirieron las influyentes hipótesis de F. X. Guerra sobre la dimensión atlántica de la nación española, esgrimida por los liberales gaditanos en el "bienio crítico", y las no menos gravitantes interpretaciones ofrecidas por J. C. Chiaramonte en torno a la ausencia de identidades nacionales.¹ Sin duda, la

¹ GUERRA, Francois Xavier *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. MAPFRE, Madrid, 1992; CHIARAMONTE, José C. "Formas de identidad política en el Río de la Plata después de la independencia", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana, Dr.*

cadena de evidencias que atestiguan la precipitación de la adscripción americana carrerina en detrimento de la hispánica o peninsular, guardan estrecha conexión con los agravios u ofensas del que fue objeto en vísperas de la crisis dinástica, y en el curso de la guerra que practicó en defensa del Rey contra los franceses, y de las impresiones obtenidas en la travesía marítima que lo condujo de Cádiz a Valparaíso las cuales, según su testimonio, transformó el clásico motivo del resentimiento criollo en acciones políticas dispuestas a radicalizar su opción patriótica. Sergio da en la tecla al observar que el giro introducido por José Miguel a la revolución chilena brinda elementos de prueba suficientes sobre el fin de la ambigüedad en materia de autogobierno, y para asociar, y no distinguir, revolución e independencia. No se trata en su caso solo de las iniciativas institucionales y liturgias públicas que puso en marcha (que hicieron coincidir la celebración patriótica con alegorías y el calendario festivo de la independencia norteamericana), ni tampoco como bien ha sugerido Julio Pinto Vallejos, de su pretensión para nada frustrada de ensanchar las bases sociales de su liderazgo a través de la militarización y politización del “bajo pueblo”.² Se trata, especialmente, del enfático rechazo del líder patriota al controvertido tratado de Lircay, promovido por O’Higgins junto al oficial arribado por orden de Abascal, el que ratifica su opción por la independencia que se verá reforzada a raíz de las rivalidades territoriales y políticas que terminaron por minar los cimientos del emprendimiento patriótico y anticolonial.

3. El proceso de “extrañamiento” que siguió a la derrota militar, ese fenómeno que hizo decir al salteño José de Moldes, “*Dispensos, emigrados, errantes, aún no sabemos la Patria que hemos de vivir*”, estuvo lejos de esmerilar el componente identitario de origen (o local) del iracundo patriota chileno. Por el contrario, la clasificación de emigrado dispuesta por el gobernador de Cuyo, José de San Martín, a los chilenos expulsados de su Patria (que incluyó tropas, familias

Emilio Ravignani, núm. 1, Buenos Aires, 1989, pp. 71-92; “Acerca del origen del estado en el Río de la Plata”, en *Anuario IEHS*, núm. 10, Tandil, 1995, pp. 27-50; *Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina, 1800-1846*, Ariel, Buenos Aires, 1997; *Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político en tiempos de las independencias*, Sudamericana, Buenos Aires, 2004. También resultan de interés los tempranos abordajes sobre las identidades nacionales realizados por Pilar González Bernaldo de Quirós, “La ‘identidad nacional’ en el Río de la Plata post-colonial. Continuidades y rupturas con el Antiguo Régimen”, en *Anuario IEHS*, núm. 12, Tandil, 1997, pp. 109-122. Además, Jorge Myers, “Identidades porteñas. El discurso ilustrado en torno la nación y el rol de la prensa: El Argos de Buenos Aires, 1821-1825”, en ALONSO, Paula (comp.) *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003, pp. 39-63.

² PINTO VALLEJOS, Julio y VALDIVIA ORTÍZ DE ZÁRATE, Verónica *¿Chilenos todos? La construcción social de la nación (1810-1840)*, LOM, Santiago de Chile, 2009. PINTO VALLEJOS, Julio “El rostro plebeyo de la Independencia chilena 1810-1830”, en *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, Debates, 2010, [En línea], Puesto en línea el 18 mayo 2010. URL: <http://nuevomundo.revues.org/59660>

completas, y población libre y esclava), sería la que trazaría una línea demarcatoria del accionar público de los incluidos en esa categoría en las Provincias del Plata. Que el apelativo de emigrado haya adquirido en aquella coyuntura un significado político no constituye ninguna novedad si se tiene en cuenta que se trataba de un vocablo (y experiencia) de reciente uso, y que remitía como en tantas otras cosas, a las invenciones semánticas procedentes de la revolución francesa.³ Pero es la propia apelación y su asociación con el veto oficial a intervenir en la vida pública en “este territorio” (como lo destacó Posadas), lo que conduce a considerar, por un lado, el arbitrio de un recurso destinado a reducir (o excluir) la intervención política de los recién llegados, y por el otro, a la dificultad de amalgamar el pretendido componente de unidad americana con las adscripciones territoriales de estirpe borbónica, que resultaron resignificados por los desiguales, aunque conectados, trayectos revolucionarios.

En torno a este último punto, el juicio criminal de 1818 condensa, y al mismo tiempo, despliega la relativa unidad del proceso político, las disputas políticas en la médula del poder revolucionario, y lo que no es menos relevante, los planos superpuestos de interpretación del delito de sedición contra los Estados erigidos en ambas jurisdicciones, y la radicación territorial del proceso judicial. Daniel está en lo cierto al señalar la centralidad que su tratamiento obtuvo en la economía del libro en tanto se convierte en prisma analítico de privilegio para deconstruir la apropiación de lenguajes jurídicos y procedimientos judiciales por parte del personal político revolucionario para liquidar (o exterminar, tal el lenguaje de época) a los disidentes o adversarios. Tal restitución, y como lo anticipé en un artículo previo,⁴ obedecía a la completa ausencia de estudios académicos en Argentina y en Chile,⁵ y a la inspiradora cantera procedente de las historiografías euroatlánticas, y de la aportada por los microhistoriadores italianos quienes habían hecho de los expedientes judiciales vectores interpretativos esclarecedores de las formas de intervención social, y de las no menos indicativas maneras de interrogar los nexos entre “hecho” y “prueba”. Pero si el juicio criminal de 1818 permitía poner a prueba hipótesis relativas a la gravitación de usos y conceptos de la justicia de antiguo régimen en la nueva coyuntura, su mayor atracción reposaba en la incidencia del contexto político como generador de prueba, y de su articulación con la generación de argumentos cuya legitimidad reposaba en la autoridad de los

³ BOFFA, Massimo “Emigrés”, en FURET, F. y OZOUF M. *Dictionnaire Critique de la Révolution française*. Acteurs, Flammarion, París, 2007, pp. 315-329.

⁴ BRAGONI, Beatriz “Justice révolutionnaire au Amérique du Sud pendant les guerres des indépendances hispano-américaine. Le procès des frères Carrera (1818)”, en *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, núm. 5, París, 2008, pp. 949-976.

⁵ Todavía recuerdo la paciente labor de separar las páginas del volumen de la Revista de la Biblioteca Nacional (1947) que reproducía el expediente alojado en el AGN, con un cuchillo que me facilitó el gentil Abel en la biblioteca del Instituto Emilio Ravignani.

Estados independientes cuya fragilidad, y eventuales fracasos, difícilmente podían eludir una adecuada caracterización histórica sin que ella guardara alguna filiación con la estirpe romántica.⁶

Asimismo, y tal vez aquí radique una respuesta oblicua al interrogante formulado por Daniel sobre el componente social del liderazgo de los Carrera y sus concepciones sobre el cambio social, la trama de testimonios directos e indirectos, exhumados del expediente, resultaban sugestivos al momento de evaluar el tejido de solidaridades políticas (y étnicas) de los reclusos, como también las inconsistencias y restricciones de los sistemas normativos (recupero aquí a Levi), como herramienta intersticial de la acción social. Allí, y en un plano *au ras de sol*, es posible apreciar la urdimbre social que sostuvo aún en los márgenes, y en la reclusión, la expectabilidad pública de los hermanos Carrera, como también permite entender la incidencia del proceso judicial en la cohesión de los cuadros militares del Ejército Unido en Chile que gravitó en la alarma que siguió a la derrota de Cancha Rayada, la cual obligó a San Martín a inflamar el espíritu patriótico en Santiago para reunir fuerzas dispersas, y frenar el pesimismo y el miedo que envolvía a los partidarios de la independencia en vísperas al triunfo de Maipú.

Con esta respuesta no pretendo eludir el interrogante de Daniel sino dar el puntapié inicial de un asunto que juzgo crucial para entender la naturaleza del liderazgo político en cuestión imantado en la fragua de las revoluciones y de las independencias en estos rincones australes del antiguo imperio español. Dicha problemática también me permite agrupar la tercera nota subrayada por Sergio sobre la simultaneidad o concurrencia de ambos fenómenos en las concepciones y prácticas políticas ensayadas por José Miguel, las cuales tomarían distancia de hipótesis recientes que aconsejan desacoplar la invención revolucionaria de la independencia que le siguió.⁷ Ambas inquietudes, como sabemos, han estado en el centro de la agenda historiográfica lo cual me exime de consideraciones puntuales; no obstante ello, creo oportuno recoger algunas notas indicativas que apuntan a relacionar el “factor individual” con el proceso político general que trastocó los cimientos del orden colonial en Chile, y dio origen a uno nuevo. La primera es de índole historiográfica e interpela el “juicio histórico” que sobrevive aún sobre el protagonismo carrerino a la luz del derrotero de la Patria Vieja (1810-1814), y la cohesión relativa de las elites que ni el remplazo institucional, ni tampoco la guerra logró desarticular haciendo de

⁶ BOTANA, Natalio *Monarquía y república. La encrucijada de la independencia*, Edhasa, Buenos Aires, 2016.

⁷ TERNAVASIO, Marcela “La revolución y sus silencios”, en PALACIOS, Marco (coord.) *Las independencias hispanoamericanas. Interpretaciones 200 años después*, Grupo Editorial Norma, Bogotá, 2009, pp. 157- 182; ENTIN, Gabriel “Enigmas y dilemas de la independencia”, en ENTIN, G. et al *Crear la Independencia. Historia de un problema argentino*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2016, pp. 9-23.

ella el zócalo seminal del estado republicano edificado sobre la base del esquema de poder portaliano. Al respecto, la historiografía no duda atribuir a José Miguel un rol destacado en la radicalización del emprendimiento patriótico que catapultó el carácter anodino y ambiguo del curso político abierto con la formación de la junta en 1810: dicha interpretación reposa primordialmente en la puesta en marcha de iniciativas reformistas de variada índole e impacto social, como también en el impulso militarizador, en la producción de ingenierías simbólicas, y de un reglamento constitucional que aceptó al Rey sobre la base del autogobierno chileno, y el rechazo a la égida peruana, entre otros asuntos; los historiadores también subrayan las marcas de origen “aristocrático” de su liderazgo, y entienden su adscripción ideológica e institucional afín al republicanismo como medio apropiado para dotar de legitimidad el ejercicio de poder construido. A propósito del sesgo “manipulador” del desempeño carrerino, la conclusión de Jocelyn Host-Letelier es contundente: “Carrera no fue un revolucionario pero hizo uso de un lenguaje republicano”, como tampoco “aseguró la independencia”, aunque “no estuvo en el bando que se inclinaba por entablar negociaciones con Abascal”.⁸

4. Tales advertencias (o precisiones) resultan atractivos en varios sentidos aunque, tal vez, el más revelador resida en la multifacética y necesaria combinación de descripciones que exigen la caracterización de la cosmovisión y acción política carrerinas lo cual nos devuelve a un punto de partida básico de interpretación sobre las revoluciones e independencias hispanoamericanas: este es, el que entiende el cambio o ruptura política e institucional (destitución de autoridades, autogobierno e independencia de la monarquía española), en relación a las condiciones endógenas y externas que lo hicieron posible, y el que recomienda tener en cuenta sus implicancias sociales.⁹ En torno a ello, resulta difícil atribuir al factor individual, en este caso Carrera, formas de acción política diferentes a las documentadas, las cuales, vale recordar, guardan completa sintonía con su mayor o menor proximidad con los resortes de poder institucionales y sociales. De la variación de esa posición relativa en el esquema de poder en Chile, y de su absoluta marginación en el Río de la Plata, emanan reveladoras evidencias de la manera en que las reglas del juego político exigieron a las dirigencias revolucionarias arbitrar estrategias de movilización popular (más allá de cualquier sincero convencimiento), instrumentar incentivos materiales y simbólicos para sostenerlas, y establecer alianzas estables (u ocasionales) con actores políticos hasta entonces inesperados. Por

⁸ JOCELYN HOST-LETELIER, Alfredo *La independencia en Chile. Tradición, modernización y mito*, Random House Mondadori, Santiago de Chile, 2009, pp. 210-211.

⁹ FRADKIN, Raúl “Los actores de la revolución y el orden social”, en *Boletín de Historia Argentina y Americana*, Dr. Emilio Ravignani, 2º Semestre, núm. 33, Buenos Aires, 2010, pp. 79-90, y “Las formas de hacer la guerra en el litoral rioplatense y el retorno de un viejo problema: guerras de independencia y guerras civiles”, en BANDIERI, Susana (comp.) *La historia económica y los procesos de independencia en América Hispana*, Prometeo, Buenos Aires, 2010, pp. 167-214.

consiguiente, y aunque resulten demasiado austeras las evidencias relativas a la manera en que José Miguel asoció el cambio político con el cambio social, el proceso de radicalización exhibido en el Río de la Plata que siguió a la empresa conspirativa, habría de precipitar y llevar al extremo ese principio también polifónico, aunque estructurante del lenguaje de las independencias, este es, el de la soberanía de los pueblos. De su adecuación o adscripción (manipulable u oportunista, según se prefiera) en el escenario rioplatense encapsulado entre 1818 y 1820, también se extraen impresiones valiosas en torno al fortalecimiento de sus convicciones republicanas en oposición al monarquismo imaginado por los directoriales, y muy especialmente al rechazo de la intervención del ejército y gobierno de Buenos Aires en la política y gobierno chilenos; y es justamente, la virulenta denuncia sobre el carácter invasor del ejército antes libertador, la que destaca la eficacia relativa del argumento en la sedimentación de sentimientos de pertenencia nacionales. De la eficacia de esa interpelación inscripta en sus proclamas, manifiestos y avisos a los chilenos, como de las sagaces caricaturas que fueron conocidas incluso en Lima, y los resultados prácticos de su inclusión en la liga de jefes federales que asestó un golpe de muerte al *sistema de unión* y al congreso edificado por sus adversarios, se extraen evidencias reveladoras: la fugaz aceptación del sargento devenido en coronel de sumar la fuerza militar del batallón de cazadores, acantonado en San Juan, a la empresa de destituir a O'Higgins que incluía 1000 chilenos, la concesión del gobernador Sarratea al momento de suministrarle 700 soldados chilenos para reinventar el Ejército Restaurador, y la no menos indicativa reacción de los cuerpos cívicos porteños manifiestamente hostiles a la formación de un ejército de chilenos en el corazón de la ciudad. Finalmente, la cadencia de la asociación de extranjero y chileno estructuró la errática, aunque furibunda, política de exterminio en el desafortunado trayecto en las provincias ya des-unidas. En consecuencia, el "factor Carrera" entre 1818 y 1821 en el Río de la Plata opera como elemento disruptivo del orden/desorden político instituido, y de igual modo, con capacidad de coaligar alianzas políticas interprovinciales.

5. Por último, la historia de Carrera nos devuelve entonces al clásico problema del "balance entre un hombre y una época". Una historia singular que retrata la revolución americana y su drama sin que ella anticipe el curso de la política y lo político posterior, ni tampoco que atribuya a los actores de carne y hueso algún tipo de racionalidad capaz de anticipar todos y cada uno de los resultados de sus aciertos o fracasos. Una restitución del trayecto social y político que opta por esquivar adjetivaciones, y propone entenderlo en función de los contextos inestables (personales, familiares, institucionales y políticos), y en constante redefinición. Un actor político en relación a sus circunstancias que haga comprensible su peso, y que sea capaz de ilustrar el margen de maniobra de la iniciativa o libertad individual. La historia de Carrera en Chile y en el Río de la

Plata, pone en escena en definitiva, lo contingente, es decir, las formas en que el actor enfrenta las posibilidades y límites de los contextos en que se inscriben sus relaciones, sus prácticas y sus pasiones. Una biografía contextual, *Le Petit X* sugerida por Sabina Loriga como vía resolutive a los dilemas a los que suelen enfrentarse los historiadores para romper el exceso de coherencia del discurso histórico, y reflexionar no solo sobre lo que ha sido, sino también para capturar las incertidumbres del pasado.

Mendoza, septiembre de 2016